

AMALGAMA

Montserrat Galcerán, filósofa

Son herederos del odio generado por la dictadura, y sin él no existen, aunque han de presentarse, por razones obvias, como defensores de los débiles



JUAN EZEQUIEL MORALES

Entre quienes se hicieron con el control del movimiento 15M, hay una serie de académicos que podemos enumerar: César Rendueles, Santiago Alba Rico, Montserrat Galcerán, Juan Carlos Monedero, mi exprofesor José María Ripalda, y tal vez los propios Pablo Iglesias e Íñigo Errejón, más bien amantes del alboroto. En diciembre de 2011, se celebró, en la Universidad Complutense, el congre-

so *Qué es el comunismo*, con la asistencia de la mayoría de estos filósofos, que ya preparaban una estrategia de revolución que no podía prosperar sino en el contexto de corrupción y decadencia moral de la política española, que ya iba camino de superar el ciclo de 40 años, que fue el que soportó la anterior dictadura del general Franco. Estos filósofos son herederos del odio generado por la dictadura, y sin él no existen, aunque han de presentarse, por razones obvias, como defensores de los débiles, lo que es aprovechado para apostar por otra periclitada dictadura, la del proletariado. Ése es su objetivo, simple y llano, ya lo envuelvan en papel de lija o de celofán. Siete años antes, la filósofa Montserrat Galcerán publicó *Silencio y olvido*, un libro sobre

Martín Heidegger, con el que quiso enfrentarse abiertamente, diecisiete años después de que lo empezara a hacer el chileno Víctor Fariás. Mi exprofesor José María Ripalda define muy bien: "Galcerán recoge en su cuidadosa contextualización definiciones precisas de lo que fue el propósito del nacionalsocialismo: abortar y prevenir una revolución social mediante una contrarrevolución de masas; principio del caudillaje, nueva época, culto de la juventud y la violencia, conciencia elitista, invocación de una tradición pre-burguesa y retórica anticapitalista... Pero de estos rasgos uno afectó especialmente a Heidegger; y no sólo a él, sino también a la intelectualidad democrática: la conciencia elitista. El pueblo alemán que Heidegger in-

vocó con los nazis era la referencia unificadora de los grandes poetas, músicos y pensadores; no la gente, sino los pocos a quienes compete guiar al pueblo". Esa sorpresa que produce la potencia de una filosofía excretada por un filósofo de afiliación indiscutidamente nazi, es la misma que nos produce el hecho de que Galcerán se haya afiliado a Podemos, sea concejala de Madrid en tres distritos, y acuda a apoyar a los okupas del edificio de la travesía de San Mateo, vacío y de propiedad privada, además de acusar de los peores males capitalistas a Gas Natural, por ser culpable de que algún usuario, incluso, muera en un incendio por tener que usar velas. Pues la misma Galcerán posee 60.000 euros en acciones del capital capitalista de Iberdrola, Gas Natural y Telefónica, y según la periodista Leyre Iglesias, posee en Eixample, uno de los barrios más elitistas de Barcelona, entre restaurantes exclusivos y tiendas de Cartier, la mitad de un edificio, gestionado por una

inmobiliaria, de 696 metros cuadrados en seis plantas con dos tiendas y ocho viviendas, además de dos inmuebles más en Madrid, cinco en Altafulla, Tarragona, que incluye 1.500 metros de solares, y otro más en El Masnou, Barcelona. Galcerán se ha quejado de que se aireen sus propiedades a la vez que sus acciones políticas: "Si seguís así la gente joven va a ser pasto del fascismo... Es indecente". Entre los doscientos comentarios a la noticia, los había de este jaez: "Lo tienen a huevo los arrendatarios de esta capitalista y mercantilista del Ibex: no pagar el alquiler y a ver qué pasa. Si se atreve a desahuciarlos... ¡hipócrita! ojalá le okupen todos sus inmuebles, y se los destrocen, lo que suelen hacer los okupas que tanto les gusta...". El recordado incidente con los filósofos Fernando Savater y Carlos E. Liria en 2003, con Galcerán interviniendo desde el público defendiendo el diálogo con ETA, unido a estas anteriores contradicciones, nos dan una visión de la Galcerán filósofa idéntica a la del Heidegger filósofo, filosóficos ambos, pero adscritos mórbidamente a la violencia y el totalitarismo.

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

Un siglo sin London

ANTONIO BORDÓN

El pasado martes se cumplió un siglo de la muerte del escritor americano Jack London. Un siglo que empezó mal, con grandes desplazamientos humanos, guerras, enfermedades y pobreza, y que terminó peor, nuevos desplazamientos humanos, nuevas guerras, nuevas enfermedades y la oligarquía de una clase social privilegiada que mira con malos ojos a los de abajo. Un siglo que hubiera necesitado de un escritor como London, que luchó con denuedo para mejorar la situación de los más desfavorecidos, para que le cantara las cuarenta, como hizo en *La gente del abismo*, una crónica despiadada de la extrema pobreza y la proliferación de las personas sin techo en el East End londinense a principios del siglo XX: "No sólo se consideraba un solo cuarto suficiente para un pobre y su familia, sino que a muchas familias que ocupaban un solo cuarto les sobraba tanto espacio que incluso admitían uno o dos inquilinos más."

Hasta el último suspiro London convirtió su vida en una aventura con la que curarse de la estupidez de su tiempo tan parecido al nuestro: "No malgastaré mis días tratando de prolongarlos, usaré mi tiempo". Y vaya si lo hizo. Entre 1900 y 1916, London escribió más de cincuenta libros, cientos de relatos breves que dan una visión panorámica, colorista y pintoresca, de claroscuros dramáticos, de la vida americana de finales del siglo XIX y principios del XX, memorias autobiográficas y numerosos artículos periodísticos, cuyas frases

PRÓXIMO PRÓXIMO

La vida y milagros de *Ulises* de James Joyce es una de las historias más fascinantes de la literatura. En *El libro más peligroso: James Joyce y la batalla por Ulises*, ameno y a la vez sesudo libro que publicará en los próximos días el Es Pop Ediciones, el historiador inglés Kevin Birmingham narra las asombrosas peripecias que jalonaron la publicación de uno de los libros más famosos y menos leídos de la historia, desde el primer destello de inspiración, en 1905, hasta los escándalos que levantó en su época: "Las transgresiones de *Ulises* fueron el primer elemento que la mayor parte del público conoció de la novela. Una porción de la misma fue quemada en París cuando aún no pasaba de un borrador y en Nueva York fue condenada por obscenidad. [...] Autoridades gubernamentales de ambos lados del Atlántico confiscaron y quemaron más de un millar de ejemplares. En el transcurso de una década, *Ulises* se convirtió en una sensación clandestina". En *El libro más peligroso: James Joyce y la batalla por Ulises*, Birmingham no sólo lleva a cabo lo más parecido a una biografía sino que coloca definitivamente a *Ulises* como uno de los títulos fundamentales de la literatura del siglo XX.



Jack London. | LA PROVINCIA/DLP

sencillas y aparentemente transparentes esconden los desplazamientos más profundos de su alma, que en nada tienen que envidiar a los que el autor de *Colmillo blanco* hizo a los bosques de Yukón o a los mares del Sur.

Nelson Algren, autor de *Un paseo por el lado salvaje*, definió su prosa como "reportaje emocional", algo parecido al periodismo, pero con compasión. Muchos de los libros de London podrían definirse igual. Siempre se vio a sí mismo, pese a su prestigio y a su éxito (con alguna sombra de plagio), como un escritor menor y accesible. Es decir, nunca se concedió excesiva importancia. En una ocasión dijo que: "Escribo un libro por la razón de añadir trescientos o cuatrocientos acres más a mi magnífico Esta-

Convirtió su vida en una aventura con la que curarse de la estupidez de un tiempo tan parecido al nuestro

do [su casa de Rancho Hermoso, en el condado de Sonoma, California, donde murió el 22 de noviembre de 1916]. Después de mi mujer, el rancho es la cosa más querida en el mundo para mí."

A aquellos que soñaban con ser escritores afamados, canónicos, institucionalizados en las academias, London no tenía reparos

en confesar que: "¡Preferiría ser cenizas que polvo! Preferiría que mi chispa se quemara en una brillante hoguera a que sea extinguida por seca desintegración. Preferiría ser un espléndido meteoro, cada átomo en mí en magnífico resplandor, que un soñoliento y permanente planeta". El impacto de la obra de London en la literatura americana es difícil de cuantificar. Pero que algunos de los escritores contemporáneos la sigan teniendo en cuenta (véase o, mejor, léase, *Leñador* de Mike Wilson) resulta incuestionable. Su huella escapa a épocas, géneros o estilos. Está en cualquier sitio donde la imaginación y su enorme poder de evasión nos lleve. Conviene leerlo. Es más, en estos tiempos, conviene tenerlo a mano como la caja del ibuprofeno.